

HOMILÍA

Domingo VI de Pascua. Ciclo C.

Jn 14, 23-29

a. Contexto

Es una festividad en que la selección del pasaje evangélico a celebrar en comunidad obedece a razones tal vez de conveniencia pastoral más que a motivos de unidad interna del texto sagrado.

Es, por tanto, ocasión de comprobar la necesidad de hacer un trabajo previo de roturación de la Palabra Revelada en lo histórico y, más en el presente caso, en lo filológico y literario.

Y todo ello, para lograr una interpretación y aplicación viva a la comunidad actual en la liturgia. Sin una adecuada exégesis inicial, nunca habrá una lectura 'aquí y ahora' de la Biblia válida en el momento actual.

No se podrá hablar de la Tradición de la Iglesia (que, según el Concilio Vaticano II, también es fuente de la Revelación). El texto no dice lo que uno quiera que diga; más bien desde él se ha de hacer una lectura actual del mensaje.

El texto inspirado tiene más de un sentido, desde luego, ya que si no fuera así, se caería una literalidad rayana en el fundamentalismo. Exactitud en la interpretación inicial y libertad de lectura son dos pilares a unir.

Eso debe hacerse en la celebración de la Palabra de Dios, o cuando se haga oración personal o comunitaria a través de la Biblia. Historia y vida, fidelidad y creatividad deben ser actitudes básicas de un creyente... y especialmente, a la hora de leer la Biblia hoy si se quiere hacer oración, si se desea 'orar' la propia vida desde Dios. A la base hace falta tener una 'sintonía' de sentido lógico-filosófico, de esquemas mentales.

Junto a ello, cierta sensibilidad común con los autores del texto sagrado, a la hora de aplicarlo. Lo recuerda el documento 'Interpretación de la Biblia en la Iglesia', de la Pontificia Comisión Bíblica, en 1993.

Aquí cabe una casi infinita variedad de matices interpretativos (eso es la hermenéutica) culturales, de sensibilidad social, etc.; pero siempre sobre la base de unas coincidencias lógicas elementales.

Con mentalidad positivista, p.ej., o con criterios materialistas o ateos, o con el error repetido como sustento de lo verdadero-pongo por caso-, es imposible hacer cualquier lectura fiel del texto en la comunidad.

Continuamos hoy con el discurso de despedida de Jesús en San Juan, que necesita dosis de elementos filológicos y de datos de historia social de la Comunidad del discípulo amado para su lectura correcta hoy.

Aquí se unen dos elementos de unidades literarias distintas:

- Por un lado, el final de las palabras de Jesús sobre su venida al cristiano, junto con el Padre, además de la promesa de enviar el Espíritu sobre (cf. Jn 14,23-24);
- Por otro, la despedida del Señor, que ofrece a sus discípulos el gran regalo de la paz, 'su' paz (cf. Jn 14, 25-29).

Ambos párrafos constituyen el fondo literario en que el redactor realiza su obra inicial de despedida del Señor, antes de añadirseles a estos textos los capítulos 15-17 del Evangelio en su forma definitiva actual.

En este contexto, Jesús separa su enseñanza de la del Paráclito, no por diferentes, sino porque Éste va a ayudar a los discípulos a realizar y actuar el significado de las palabras que Él había dejado.

Cada uno de Ellos tiene, por tanto, una función diversa respecto a los creyentes. La unidad aquí entre las Personas de la Trinidad no está vista desde un punto de vista ontológico, sino vital, existencial.

b. Texto

Comienza el texto de hoy con la venida de nuevo de Jesús y del Padre a los discípulos que lo amen (tras la Resurrección, aunque no se diga), para ayudar a la transformación de la comunidad humana.

Esto ha de hacerse no por la fuerza, sino con el amor del Padre y del mismo Señor acogido y hecho eficaz en el corazón del discípulo. El Padre y Jesús son uno respecto a la tarea salvadora de los hombres.

Todo lo cual se traduce en el amor, en la intimidad familiar con los suyos (recuérdese que *los suyos*, antes no lo recibieron-c.Jn 1-). En ese amor recibido de Dios, la comunidad será manifestación de la gloria de Dios.

¿Y por qué hermana/o? Porque en ella vivirá el Dios cercano que se manifiesta Jesús, tan diferente del lejano Dios del A.T. muchas veces. Así, amar a Jesús es identificarse con Él, acogerlo en la intimidad del propio ser.

Es la respuesta a Jesús, pero desde luego, después de que Éste se haya acercado previamente al hombre. Solamente en esta clave se puede comprender la actitud de los discípulos para con sus hermanos los hombres.

La experiencia 'eterna' de familia divina entre el Padre, el Hijo y el Espíritu se da a los discípulos como fuerza para ser capaces de entregarse a los hermanos: el evangelio es fuerza de salvación (cf. Rom 1,16).

El Espíritu enseñará ahora a los discípulos a hacer la rotura con el mundo, es decir, con las formas de pensar, sentir, actuar, organizar, ser, etc., antievangélicas. No se trata de irse físicamente del mundo.

El Padre santifica por el Espíritu, es decir, separa cualitativamente del mundo al creyente, lo introduce en su órbita cuando viene a él y cuando el Espíritu actúa en él el mensaje de Cristo.

He aquí el valor de la 'consagración a Dios', o sea, Dios nos consagra, nos hace santos y separados del mundo cualitativamente, no físicamente. Dios viene al hombre insertándose en la corriente de su vida.

¿Qué papel juega aquí el amor? Éste, en cuanto se proclama, es un mensaje; en cuanto fuerza recibida (cf. Rom 1, 16) es el Espíritu de Dios. Como norma de comportamiento se ve en los mandamientos.

Finalmente, Jesús se despide con la paz. Como no se hará del todo ausente, sino que sigue presente, en especial con la acción de su Espíritu, les deja el regalo de la serenidad y de la ausencia de todo temor.

En mirada retrospectiva, el redactor pone en boca de Jesús palabras de esperanza, porque la muerte no le separa de sus discípulos: y vendrá a ellos, pues la victoria sobre el mal y el mundo se hará realidad con su amor.

Por el Padre vendrá a habitar con Él en los creyentes.

c. Para la vida

Hermano, no se me ocurre más que invitarte a rumiar en la oración este inmenso tesoro de Dios en Jesús. Las palabras, ya tradicionales, deben ser releídas ahora desde las claves arriba señaladas.

Se me ocurre algo más, amigo, amiga: mientras hacemos oración tú y yo, y, si lo desean, nuestros demás hermanos, ¿no se podía transmitir algunas de estas convicciones a los jóvenes que se topan con nosotros en la vida?

Entre ellas, que el materialismo, o el no contar con Dios en la vida propia, o que el consumismo como felicidad, etc., son incompatibles con la fe cristiana. Lo recordé al principio de esta reflexión de hoy.

¿Podemos decirnos a nosotros mismos y a los que nos rodean que una mentira, por muy repetida que esté nunca llega a ser verdadera? Porque, eso seguro, no se puede tratar a los demás como débiles mentales.

Hacerles ver lo que en cada momento me (nos) conviene como auténtico, no es una apostura muy concorde del todo con el mensaje de amor y paz que Jesús nos da.

¿Y si en vez de ser esclavos de la moda o de la imagen o de las apariencias hacemos entender a los jóvenes que lo cristiano es ser auténtico de verdad, que eso está más de acuerdo con el texto evangélico, hoy?

Entonces, la oración que hayamos hecho tú y yo a partir de estos preciosos pasajes joaneo habrá servido para otros, habrá sido más 'eficaz' (¡y dale con la manía dichosa...!) para otros. ¿Qué te parece, amigo?

Antonio Jesús Rodríguez de Rojas, sdb
aderfojasr@yahoo.es